



BIBLIOTECA

DC38
H4

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

POR M. ADOLFO THIERS

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

CONFEDERACIÓN DEL RHIN

Regreso de Napoleón á París. - Regocijo público. - Distribución de las banderas tomadas al enemigo. - Decreto del senado ordenando la erección de un monumento triunfal. - Napoleón consagra sus primeras atenciones á la hacienda. - La compañía de *Negociantes reunidos* sale deudora del Tesoro por suma de ciento cuarenta y un millones de francos. - Napoleón, descontento de Mr. de Marbois, hace que Mr. de Mollién le reemplace. - Restablecimiento del crédito. - Tesoro formado con las contribuciones cobradas en país conquistado. - Ordenes relativas al regreso del ejército, á la ocupación de la Dalmacia y á la conquista de Nápoles. - Continuación de los negocios de la Prusia. - Se ratifica el tratado de Schoenbrun, pero con reservas. - Nueva misión de Mr. de Haugwitz con Napoleón. - El tratado de Schoenbrun retocado en París con más obligaciones para la Prusia y menos ventajas. - Pasa á Berlín Mr. de Luchesini para notificar esas nuevas enmiendas del tratado. - Ese tratado de Schoenbrun, que ya lleva el nombre de tratado de París, es ratificado, y Mr. de Haugwitz regresa á Prusia. - Ascendiente de la Francia. - Entrada de José Bonaparte en Nápoles. - Ocupación de Venecia. - Se retarda la entrega de la Dalmacia (1). - El ejército francés se detiene sobre las márgenes del Inn esperando á que se le entregue la Dalmacia, y se extiende á las provincias alemanas de más recursos para mantenerle. - Penalidades de los pueblos ocupados. - Situación de la corte de Prusia después del regreso de Mr. de Haugwitz á Berlín. - Pasa el duque de Brunswick á San Petersburgo para explicar la conducta del gabinete prusiano. - Estado de la corte de Rusia. - Disposiciones de Alejandro después de la batalla de Ansterlitz. - Acogimiento hecho al duque de Brunswick. - Esfuerzos inútiles de la Prusia tratando de que la Rusia y la Inglaterra aprueben la ocupación del Hannover. - La Inglaterra declara la guerra á la Prusia. - Muere Mr. Pitt, y entra Fox en el ministerio. - Esperanzas de paz. - Entran en relaciones MM. Fox y Talleyrand. - Lord Yarmouth pasa á París en calidad de negociador confidencial. - Bases de una paz marítima. - Los agentes del Austria en lugar de entregar á los franceses la embocadura del Cáatar, se la entregan á los rusos. - Amenaza Napoleón á la corte de Viena. - La Rusia envía á Mr. de Oubril á París, encargado de hacer porque no marche contra el Austria un ejército francés y de ofrecer la paz. - Lord Yarmouth y Mr. de Oubril negocian en París de común acuerdo. - Posibilidad de la paz general. - Cálculo de Napoleón dirigido á entretener el curso de las negociaciones. - Sistema del imperio francés. - Reyes vasallos, grandes duques y duques. - José, rey de Nápoles. - Luis, rey de Holanda. - Disolución del imperio germano. - Confederación del Rin. - Movimientos del ejército francés. - Administración interior. - Obras públicas. - La columna de la plaza Vendome, el Louvre, la calle Imperial, el arco de la Estrella. - Caminos y canales. - Consejo de Estado. - Creación de la universidad. - Presupuesto de 1806. - Restablecimiento de la contribución sobre la sal. - Nuevo sistema de tesorería. - Reorganización del Banco de Francia. - Continuación de las negociaciones con la Rusia y la Inglaterra. - Tratado de paz con la Rusia firmado el 20 de julio por Mr. de Oubril. - La firma de ese tratado hace que lord Yarmouth se resuelva á presentar sus credenciales. - Lord Loderdale viene asociado á lord Yarmouth. - Dificultades de la negociación con la Inglaterra. - Los plenipotenciarios ingleses sueltan algunas palabras indiscretas acerca de la restitución del Hannover, y la corte de Berlín concibe grandes inquietudes. - Se exalta el espíritu de la corte de Prusia en virtud de noticias falsas. - Nuevo acaloramiento de los ánimos en Berlín, y resolución de ponerse en armas. - Sorpresa y desconfianza de Napoleón. - La Rusia se niega á ratificar el tratado firmado por Mr. de Oubril, y propone nuevas condiciones. - Napoleón no quiere admitirlas. - Tendencia general á la guerra. - El rey de Prusia pide que se aleje de sus Estados el ejército francés. - Napoleón contesta que comience el rey de Prusia por alejar el suyo. - Silencio prolongado de una y otra parte. - Los dos soberanos salen para el ejército. - Declaración de guerra entre la Prusia y la Francia.

Mientras que Napoleón pasa varios días en Munich en el arreglo y ceremonia del enlace de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera, un día en Stuttgart y otro en Calsruhe, recibiendo felicitaciones de sus aliados y pactando nuevos vínculos, el pueblo de París le espera impaciente y ansioso de ma-

nifestarle su júbilo, su tan grande admiración. La Francia, que se sentía íntimamente satisfecha del curso de los negocios públicos aunque ninguna parte tomara ya en ellos, parecía volver al entusiasmo de los primeros días de la revolución para aplaudir los hechos prodigiosos de sus armas y del caudillo que las dirigía. Napoleón, que con el invento de las cosas maravillosas llevaba el arte de realzar su valer, hizo que entraran en París antes que él las banderas quitadas al enemigo, dándole un destino calculado con admirable habilidad. Habían

(1) No hemos podido hallar el porqué ni el por quién: de ese punto no se hace mérito en la historia; antes veremos todo lo contrario, al menos de parte del vencido, aunque tampoco el vencedor se descuidó en ocupar la capital de aquel país. (N. del T.)

de repartirse entre el senado, el tribunalado, el consejo de París y la antigua iglesia de Nuestra Señora, donde él había sido coronado. He aquí la manera: ocho banderas para el tribunalado; ocho para la villa de París; cincuenta y cuatro para el senado, y cincuenta para la iglesia de Nuestra Señora. En lo que duró la última campaña no cesó Napoleón de participar corrientemente al senado todos los acontecimientos de la guerra, y una vez que hubo firmado la paz también le despachó un expreso comunicándole el tratado de Presburgo. Con todas esas consideraciones pagaba él la confianza de ese gran cuerpo, y en obrar así muy consecuentemente mostraba con su propia política, pues que mantenía en una esfera elevada esos antiguos autores de la revolución, que la generación nueva iba arrinconando con gusto siempre y cuando se lo permitían las elecciones. En este cuerpo era donde Napoleón iba fundando su aristocracia, y tenía esperanzas de ir amalgamándola poco a poco con la antigua.

El 1.º de enero de 1806 se llevaron las banderas como en triunfo por todas las calles de París, colocándolas después en las salas de los edificios á que habían sido destinadas. Un gentío inmenso fué continuamente siguiendo ese espectáculo.

El prudente, el impertérrito Cambaceres dice á ese propósito con la gravedad que mantiene en sus Memorias, que el júbilo de la población rayaba en locura. Pero en efecto, si tales cosas no removieran el contento público, ¿cuáles pudieran provocarles? Cuando cuatrocientos mil rusos, suecos, ingleses y austriacos marchan por todos los puntos del horizonte contra la Francia, con la promesa de que se les han de reunir doscientos mil prusianos, y que de repente salen de las costas del Océano ciento cincuenta mil franceses que atraviesan en dos meses una parte del continente europeo, que hacen prisionero al primero de aquellos ejércitos sin quemar un cartucho, que arrollan á los demás uno tras otro entrando en la capital del antiguo imperio germano, cogida ya de asombro, y avanzan hasta las fronteras de la Polonia donde en una gran batalla destruyen la liga, haciendo que los rusos, vencidos, vayan á refugiarse en sus páramos glaciales, mientras que los prusianos, desconcertados, quedan encerrados dentro de su suelo; cuando las amarguras de una guerra que debió creerse de larga duración acaban en el transcurso de tres meses; la paz del continente de improviso es restablecida; la paz de los mares es esperada con fundamento, y esa Francia entusiasmada con la perspectiva de toda suerte de prosperidades, dando la ley á todas las naciones, ¿cómo, repetimos, no dar suelta al más loco júbilo?, ó si maravillas tales no le excitaran, ¿cuál otra cosa pudiera inspirarle?. Como en aquel tiempo nadie preveía que tales prodigios pudieran tener un fin próximo, y como en el fecundo genio que los producía aún no se alcanzaba á ver el genio demasiado ardiente que debía comprometerlos, se gozaba de la dicha pública sin que alcanzase á turbarla ningún presentimiento siniestro.

Los hombres á quienes interesa particularmente la prosperidad material de los Estados, los comerciantes, los adinerados, etc., no se mostraban menos contentos que el resto de la nación. Los grandes mercaderes, que tras el triunfo celebraban el retorno inmediato de la paz, estaban sumamente regocijados, viendo cómo de

repente salían á la vez de la crisis el crédito público y el particular, pudiendo prometerse la profunda tranquilidad de que el consulado había hecho gozar á la Francia durante cinco años. El senado, después de haber recibido las banderas, salió decretando que se erigiese un monumento triunfal en honra de Napoleón el Grande, monumento que por voto del tribunalado debía consistir en una columna con la estatua de Napoleón encima. Se ordenó que el día de su cumpleaños debía ser una de las fiestas nacionales, y además que se construiría un vasto edificio en una de las plazas de la capital, para encerrar en él una serie de esculturas y lienzos consagrados á la gloria de las armas francesas, y sobre todo la espada de que Napoleón se había servido en la batalla de Austerlitz.

Las banderas destinadas á Nuestra Señora fueron entregadas al clero por la autoridad municipal, y el venerable arzobispo de París dijo al recibirlas: «Colgadas esas banderas bajo la nave de nuestra basílica, ellas dirán hasta el fin de los siglos cuáles fueron los esfuerzos de la Europa armada contra nosotros, cuáles las hazañas de nuestros soldados, la protección que el cielo dispensa á la Francia, los prodigiosos triunfos de nuestro emperador, y el homenaje que él rinde á Dios por sus victorias.»

Tan universal, tan profunda era la satisfacción pública cuando Napoleón entró en París acompañado de la emperatriz. Los directores del Banco, ansiosos de hacer ver que con el soberano venía la prosperidad pública, desde el día antes de su entrada empezaron á efectuar sus pagos en metálico; porque desde la noticia de los últimos acontecimientos renació de tal suerte la confianza, que la caja abundaba en numerario, y ni aun quedaba indicio de los apuros pasajeros del mes de diciembre.

Napoleón sabía gozar del triunfo sin dejar que se refriera su amor al trabajo, porque esa alma infatigable trabajando gozaba. Había entrado en París en la tarde del 26 de enero, y en la mañana del 27 ya se le ve enteramente dado á los negocios de gobierno, y tratándolos desde luego con el archicanciller Cambaceres, primer personaje que se le puso al despacho. Después de haber oído con satisfacción las felicitaciones de ese hombre tan juicioso, cuya prudencia parecía confundida ante los prodigios de la última campaña, se comenzó á tratar de la crisis del Tesoro tan pronta y tan dichosamente terminada; porque Napoleón toda su fe ponía en la exactitud, en la imparcialidad con que el archicanciller le daba cuenta de las cosas, y por esa propia circunstancia quiso oírle antes que á ningún otro. Furioso estaba el emperador contra Mr. de Marbois, cuya gravedad le había sido siempre tan respetable, creyéndole incapaz de ligereza ninguna en el manejo de los caudales. Lejos de él la idea de sospechar en lo más mínimo de la tan conocida probidad de su ministro; mas no podía perdonarle el haber puesto el Tesoro á discreción de especuladores aventureros, y estaba resuelto á seguir este negocio con inflexible severidad. El archicanciller logró calmarle algún tanto, diciéndole que en lugar de descargar rigores, mejor fuera tratar con los *Negociantes reunidos*, exigiéndoles el abandono de todos sus valores, para liquidar esa tan extraña cuenta con la menor pérdida posible.

Napoleón ordenó que inmediatamente se convocase un consejo á las Tullerías, donde se le había de hacer el relato detallado de las operaciones de la compañía, operaciones que no le parecían limpias. Quiso que fuera compuesto ese consejo de todos sus ministros, y además de Mr. Mollién, director de la caja de Amortización, cuyo giro tenía él por acertado, y en cuyo suceso suponía mucha más habilidad para el manejo del erario, que la que había probado Mr. de Marbois. Y por último mandó que se hiciese comparecer en las Tullerías á MM. Desprez, Vanlerberghe, Ouvrard y el empleado acusado de haber engañado al ministro de Hacienda.

Todos los asistentes temblaban en presencia de Napoleón, que no disimulaba su resentimiento. Mr. de Marbois comenzó la lectura de un relato muy extenso y concierne al punto puesto á discusión. Muy pocas eran las líneas que había leído, cuando le interrumpió el emperador diciendo: «Estoy, estoy al cabo del negocio. Con los fondos del Tesoro y del Banco es con lo que la compañía de los *Negociantes reunidos* ha querido cubrir los gastos de la Francia y de la España. Y como nada tenía que dar la España sino promesas de pesos fuertes, con el dinero de la Francia se ha hecho frente á las necesidades de los dos países. La España me debía un subsidio, y lejos de pagármele me ha cobrado otro; pues es preciso ahora que MM. Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard me entreguen todo cuanto poseen, y que la España me pague lo que á ellos les debe, ó encerraré á esos caballeros en Vincennes, y despacharé un ejército á Madrid (1).»

(1) Bien dice esa baladronada en boca de Napoleón, sólo que en aquella época todavía no las echaba tan secas el emperador de los franceses con respecto á la España, ni tampoco hubiera permitido que Thiers la tratara con desprecio tanto. Vaya en respuesta á ese y otros puntos lo que Godoy dice en sus Memorias, t. IV, pág. 164.

«Nuestra neutralidad con la Inglaterra nos había costado el contingente pecuniario que trató Ceballos con la Francia, á pesar mío. Rota la paz con los ingleses, unidas nuevamente nuestras armas á las del imperio contra la Gran Bretaña, debió cesar el contingente. Pidióle sin embargo Bonaparte (1806), poniendo por motivo que la Francia había empleado mayores fuerzas que nosotros, y que había tenido enormísimos dispendios. Nuestra respuesta era bien obvia, pues que hecha ya una misma causa aquella guerra por españoles y franceses, cada cual de las dos partes había acudido á ella en proporción con sus recursos, *concurriendo España con mayores fuerzas que las estipuladas por el tratado de alianza*. Napoleón entonces, abandonando aquel camino, pero sin darse por vencido en la disputa, tomó el medio de *pedirnos á lo menos un socorro* como aliado y como amigo que se encontraba con grande apuro de dinero. Aquel apuro era efectivo. Sabida fué la crisis en que se halló el Tesoro de la Francia pocos meses antes por la quiebra de Mr. Desprez que envolvió á tantas casas, la baja que sufrieron los efectos públicos, y la suspensión de pagos á que el Banco mismo se encontró obligado. Mientras triunfaban en Moravia los ejércitos franceses, el terror que produjo aquel medroso descalabro de la hacienda, fué superior con mucho á la alegría y la confianza que debían causar aquellos triunfos. Cuando volvió Napoleón, el papel sobre París se descontaba al veintidós por ciento, y hasta las cédulas del Banco sufrían una gran pérdida. Tamaños golpes no se remedian de repente; sufría el Tesoro y sufría el crédito. En tales circunstancias pedía Napoleón á Carlos IV que *le socorriese de cualquier modo que esto fuese*, NO YA EXIGIENDO, sino rogando y prometiendo á mas que para en adelante estaba pronto á renovar nuestro tratado de alianza bajo de tales condiciones, que las cargas y las ventajas fuesen equilibradas al contenido de la España. — «No es cordura negarlo todo, dijo el rey; »padézcalo el dinero, pues que el honor no sufre en esto: désele lo

Napoleón se mostró con Mr. de Marbois grave y severo.—Sé apreciar vuestro carácter, le dijo, pero os habéis dejado engañar por gentes contra las cuales ya os tenía yo prevenido. Les habéis entregado todos cuantos valores teniais en caja, valores que debisteis cuidar con un poco más de esmero. Me veo por consiguiente en la triste necesidad de apartaros de la administración del Tesoro, porque tras lo ocurrido imposible me fuera manteneros en ella (2).—Napoleón mandó en seguida que se hiciera entrar á los miembros de la compañía. Vanlerberghe y Desprez, aunque los menos culpables, se presentaron llorando á lágrima viva; pero Ouvrard, que había comprometido á la compañía con especulaciones arriesgadas, pareció perfectamente sereno. Cuanto pudo hizo para persuadir á Napoleón que convenía dejarle á él mismo el cargo de liquidar las tan complicadas operaciones en que tenía metidos á sus socios, y que por la vía de la Holanda y de la Inglaterra sacaría de Méjico sumas bastantes con que cubrir los adelantos hechos por la Francia, y mayores también.

Es probable, en efecto, que de esa liquidación mejor hubiera salido que ninguna otra persona; pero Napoleón estaba demasiado furioso, y con ganas de salir cuanto antes de entre especuladores, para ir á fiar en semejantes promesas. Así pues, he aquí la alternativa en que puso á Ouvrard y á sus socios: ó ser procesados como criminales, ó abandonar incontinenti todo cuanto poseían en bastimentos, en créditos, en inmuebles, y en títulos contra la España. A ese último y cruel sacrificio se resignaron.

Una liquidación hecha de semejante manera, necesariamente debía arruinarlos; pero á eso se expusieron abusando como abusaron de los fondos del Tesoro. De entre los tres ninguno tan digno de compasión como Mr. Vanlerberghe, quien, sin haberse mezclado en las especulaciones de sus socios, no hizo otra cosa sino seguir activa y honradamente en toda la Europa el tráfico de los granos para el servicio de las tropas francesas (3).

«que alcancen nuestras fuerzas.» — Y de setenta y dos millones que pedía en un principio, se le dió la tercera parte solamente.»

«Responde eso al *envío de un ejército á Madrid?* Ni todavía osó Napoleón soltar semejante expresión cuando más tarde se le negó Carlos IV á reconocer por rey de Nápoles á su hermano José; no hay sino que hoy existen en Francia muchos que se creen Napoleones, y que desconocen como aquél los barrancos que abre el camino desde Irún á Cádiz, siempre que los españoles quieran acordarse de independencia y honor nacional. (N. del T.)

(2) Lo más cierto es que el emperador le trató con menos miramiento, y por eso se le oyó decir al despedirse de su soberano, y con los ojos llenos de lágrimas: «Me queda la satisfacción de que V. M. no me acusará de ladrón. — Cien veces más lo preferiría yo, contestó Napoleón. La maldad tiene sus límites, la necesidad ninguno conoce.» — Como quiera, hartó pobre se mostró más tarde ese ministro votando por el destronamiento de Napoleón, conduciéndose con Mr. Carret muy groseramente, pidiendo humilde su perdón al soberano de los *cien días*, que con razón le despidió de París cubierto de vergüenza y de resentimiento. (N. del T.)

(3) Refiero ese hecho según le arrojan de sí los testimonios más auténticos, tales como las Memorias del príncipe Cambaceres, en primer lugar; y en segundo, las Memorias tan interesantes y tan instructivas del conde Mollién, que aún no están publicadas; en fin, los Archivos mismos del Tesoro. Yo mismo he tenido en mis manos y leído con la mayor atención las piezas del expediente, y sobre todo el extenso é interesante relato que á este propósito escribió el ministro del Tesoro para la mejor inteligencia del emperador. Nada, pues, pongo aquí sino lo que resulta de pruebas oficiales é incontestables. (N. del A.)

Napoleón despidió á todos los consejeros, no deteniendo sino á Mr. Mollin, á quien sin dejar hablar ni esperar á que diera su consentimiento, dijo:—Hoy prestaréis juramento como ministro del Tesoro.—Mr. Mollin sobrecogido, aunque no poco satisfecho de la confianza soberana, ni una sola palabra acertaba á contestar, lo cual dió margen á que el emperador repusiera:—¿Es que por ventura no os agrada el puesto de ministro?—Y en efecto, en aquel mismo día le hizo prestar juramento para el desempeño de su nuevo cargo.

Importaba salir de cualquier modo de tantos y tan diferentes apuros como había creado la compañía de *Negociantes reunidos*. Mr. de Marbois ya había apartado á aquella compañía del servicio del Tesoro, poniéndole por algunos días en manos de Mr. Desprez que le fué continuando desde entonces por cuenta del Estado, hasta que al fin se le confió á los recaudadores generales bajo condiciones moderadas aunque temporales. Aún no había ideas fijas y determinadas relativamente al arreglo de ese punto; lo único decidido en la materia era el propósito de no volver á dejar en manos de especuladores, por muy juiciosos, por muy probos que parecieran, un servicio tan vasto y tan importante como la negociación general de los valores del Tesoro.

Consistía ese servicio, como ya vimos, en el descuento de las obligaciones de los recaudadores generales, los bonos á vista, las letras giradas por las aduanas y las procedentes de la corta de los montes, valores todos ellos despachados á término, y que debían ser satisfechos á doce, á quince, á diez y ocho meses después de presentados. Todos esos títulos se habían negociado, hasta la creación de la compañía de *Negociantes reunidos*, por medio de descuentos parciales y determinados de veinte ó treinta millones á la vez, recibiendo inmediatamente esas sumas pecuniarias en cambio del papel que las representaba. Poco á poco, y bajo el imperio cada vez más estrecho de la necesidad, que no tardó en suplir á la confianza, se fué abandonando sucesivamente el servicio entero á la compañía poniendo, como quien dice, á discreción suya el caudal del Tesoro; y para que mayor fuera el desbarajuste, hasta las arcas de todas las contadurías. Si no se hubiese hecho sino girar contra ella una suma de papel determinada, en cambio del importe metálico, no consintiendo que recobrase aquellos valores sino á fin del plazo de su vencimiento, de seguro no habría habido confusión entre sus propios negocios y los del Estado; pero lejos de eso se le abandonaron á la compañía de *Negociantes reunidos* nada menos que cuatrocientos setenta millones á la vez, en obligaciones de los recaudadores generales, en bonos á vista y en títulos de aduanas, consintiendo que los negociasen ya en el Banco, ya en casas de capitalistas franceses y extranjeros. Para mayor comodidad suya todavía se les autorizó á que tomasen de los recaudadores generales cuantos fondos hallaran en su poder, con la promesa de un arreglo de cuentas ulterior, de suerte que cuando el Banco, como ya se dijo, se presentó para el cobro de los títulos cuyo descuento había él verificado, y cuyo plazo acababa de expirar, no encontró en aquellas oficinas sino recibos de Mr. Desprez, declarando que él mismo había recogido los fondos. Ni con esas peregrinas llanezas se habían contentado. Cuando Mr. Desprez, obrando en nombre de los *Nego-*

ciantes reunidos, descontaba los títulos del Tesoro, no satisfacía su importe con pesos fuertes, sino con papel, cuya introducción le fué permitida con nombre de bonos de Mr. Desprez; causa para que la compañía atestara las arcas del Tesoro y las del Banco con esos bonos, y creara un papel moneda, á favor del cual hizo frente durante cierto tiempo á todas sus especulaciones, tanto con la Francia como con la España.

El verdadero disparate de Mr. de Marbois estuvo en condescender con ese desorden de los negocios, tras el cual ya no fué posible distinguir el haber del Estado de con el de la compañía. Si á esa condescendencia abusiva se añade la deslealtad de un empleado, único poseedor del secreto de las existencias, y que salió engañando á Mr. de Marbois con exagerarle sin cesar lo mucho que importaba el asegurarse el auxilio de los *Negociantes reunidos*, fácilmente se hallará la explicación de ese increíble derroche rentístico. Un millón le valió á ese empleado semejante conducta, pero Napoleón se le hizo traer á la masa común de los valores que la compañía tuvo que entregar; pues era tal el terror que infundía el emperador, que en acusando él, todo el mundo se apresuraba á confesar y á restituir. Sin embargo, como es preciso que la justicia sea igual para con todos, también hay que decir que Napoleón tuvo su parte de culpa en aquella circunstancia, ya que se obstinó en dejar á monsieur de Marbois bajo el peso de enormes cargas, alargando cuanto pudo la creación y uso de medios extraordinarios. En efecto, Mr. de Marbois había tenido que atender desde luego al alcance que resultaba de los presupuestos anteriores, y á la insolvencia de la España que no habiendo satisfecho su contingente era causa de un déficit de una cincuentena de millones. He ahí los apuros que hicieron de ese ministro íntegro, aunque muy poco cuerdo, el esclavo de aventureros que le prestaban algunos servicios, y que aun hubieran podido prestarle muchos y muy grandes, si ellos calcularan con mayor exactitud. Sus empresas se apoyaban efectivamente sobre un pie verdadero, sobre los pesos fuertes de Méjico que existían realmente en las capitánías generales de la España; pero hacer venir á Europa esos pesos, no era cosa tan fácil como lo llegó á creer Mr. de Ouvrard, y de ahí provenían los apuros del Tesoro y la ruina de la compañía.

La mejor prueba del desorden á que se había llegado está en la dificultad que se encontró para haber de fijar el descubierto en que se encontraba la compañía respecto al Tesoro. Se supuso desde luego que sería de unos setenta y tres millones. Examinado de nuevo el negocio, ya se encontraron ochenta y cuatro; por fin, como la primera labor de Mr. Mollin, en el ministerio puesto á su cargo, fué el examen riguroso del estado de las rentas, vino á descubrir que la compañía se había apoderado de una suma de ciento cuarenta y un millones, los mismos que estaba debiendo al Tesoro.

He aquí cómo se componía esa enorme suma de ciento cuarenta y un millones. Los *Negociantes reunidos* habían tomado directamente en las oficinas de los recaudadores generales hasta el importe de cincuenta y cinco millones á la vez; pero como hubieran cumplido varios pagos, no quedaban debiendo á esas oficinas en el día de la catástrofe sino es veinticinco millones. Existía en caja la suma de setenta y tres millones en bonos de

Mr. Desprez, especie de moneda con que ese socio suplía á la metálica, y que tuvo curso en tanto que el Banco le mantuvo el crédito, pero que ahora no representaba ya ningún valor. La compañía debía además catorce millones por libranzas del cajero central. (Ya dijimos en otra parte cuáles eran esos títulos imaginados para facilitar el giro de los fondos entre París y las provincias.) Esos catorce millones, tomados en la caja, no fueron pagados ni en bonos de Mr. Desprez, ni en valores de ninguna otra especie. Mr. Desprez salía por su parte deudor de diez y siete millones en los pocos días que tuvo á su cargo el manejo del Tesoro y su servicio particular. En una palabra, entre las letras de comercio que la compañía había endosado al Tesoro para ejecutar diversos pagos á épocas lejanas, parecían trece ó catorce millones poco menos que incobrables. Esas cinco sumas diferentes, de veintitrés millones tomados directamente en las contadurías; de setenta y tres millones en bonos de Mr. Desprez, ya sin valor ninguno; de catorce millones en libranzas del cajero general, cuyo equivalente no se había satisfecho; de diez y siete millones en que por su parte salió alcanzado Mr. Desprez; en fin, de catorce millones de letras de cambio protestadas, componían la deuda total de la compañía hacia el Tesoro consistente en ciento cuarenta y un millones.

Como quiera, el Estado no debía perder esa tan importante suma, porque al fin la compañía la invirtió en operaciones de un fundamento positivo, el comercio de los pesos fuertes, al cual no faltó sino un cálculo más exacto y acertado. La compañía presentaba una suma de cuarenta millones en suministros hechos á las tropas francesas y á la marina. La casa Hope había comprado por unos diez millones de esos famosos pesos fuertes de Méjico, y el importe ya venía andando para París. Poseía además varios inmuebles, lanas españolas, granos y algunos créditos buenos, reuniendo en todo eso unos treinta millones, ó sea un total haber de ochenta, no restando sino otros sesenta más para cubrir enteramente su alcance; y en su poder tenía la compañía ese equivalente en títulos contra la España.

Una vez que Napoleón hubo hecho que los *Negociantes reunidos* le aprontaran todo cuanto poseían, también exigió que el tesoro francés se pusiera por acreedor de la España en lugar de la compañía, ordenando á monsieur Mollin tratar este negocio con un agente particular (1) del príncipe de la Paz, el señor Izquierdo, que se hallaba en París ya hacía algún tiempo, y desempeñaba las funciones de embajador mucho más que los señores Azara y Gravina, que no habían tenido sino el título. La corte de Madrid nada tenía que objetar al vencedor de Austerlitz (2); por otra parte era deudora verdadera de la compañía, y en tal virtud de la Francia (3). Abrióron-

(1) ¡Es posible que un *ex presidente* del gobierno francés se atreva á tratar con un agente particular del príncipe de la Paz! Izquierdo, señor Thiers, entendió en ese negocio como representante de Carlos IV, y á no presentarse con ese carácter oficial, seguro es que Napoleón se habría dirigido á la representación española en París, y mejor al gobierno de Madrid por su representante en esta corte. (N. del T.)

(2) Ya hemos visto que al vencedor de Austerlitz se le respondió en Madrid con un *no ha lugar*. Está visto que el humo francés todo lo ha de eclipsar. (N. del T.)

(3) La consecuencia no fuera exacta aun suponiendo cierta la proposición de que se infiere, que no lo es, como lo vamos á ver en la siguiente nota. (N. del T.)

se, pues, negociaciones con aquella corte para afianzar el recobro de aquellos sesenta millones (4), importe no solamente del subsidio que no había pagado, sino también de los víveres suministrados á sus tropas y de los granos enviados á sus pueblos.

Por consiguiente, de seguro podía contar el Tesoro con el reembolso íntegro, merced á los cuarenta millones de suministros hechos anteriormente, á los diez que venían de la Holanda, á los inmuebles secuestrados y á los empeños que la España iba á contraer, parte de los cuales se prometía realizar la misma casa Hope. Con todo, aun quedaban dos huecos que era preciso llenar inmediatamente, y que venían del antiguo déficit de los precedentes presupuestos, importando, como ya notamos, unos ochenta ó noventa millones, y de los fondos que la compañía había consumido en sus empresas. Mas tras los triunfos de Napoleón y la paz que con ellos vino, todas las dificultades quedaban allanadas. Los capitalistas que habían arruinado á la compañía exigiéndole 1 ½ por 100 al mes (esto es, 18 por 100 anual) por cambio de los títulos del Tesoro, se ofrecían ahora á tomarlos á ¾ por 100, para disputárselos no tardando á ½, es decir, á 6 por 100 al año. El Banco que había retraído de la circulación una parte de sus billetes desde que dejó de atender á Mr. Desprez, y que por otra parte veía entrar en su caja los metales cuya compra se tenía ordenada en toda la Europa, el Banco, decimos, se encontraba con medios de descontar cuantos valores se quisieran á un precio moderado aunque hartamente ventajoso. Si verdad es que de antemano se había enajenado una cierta suma de títulos del Tesoro correspondientes al año de 1806 para uso de la compañía, intacta quedaba aún la mayor parte de esos títulos, é iba á ejecutarse el descuento de ellos bajo condiciones menos onerosas. Y la victoria no se contentó con producir á Napoleón el crédito, sino que le produjo también riquezas materiales. Había impuesto al Austria una contribución de cuarenta millones; si, pues, se añaden otros treinta que directamente tomó él en las arcas del Tesoro de aquella potencia, resultará un producto de setenta millones. Se gastaron veinte para el mantenimiento de las tropas en Austria; pero había de reembolsarlos el Tesoro, con el cual Napoleón pensaba entrar en un arreglo cuyo espíritu y disposiciones notaremos en breve. Quedaban por consiguiente cincuenta millones, que se conducían á Francia en oro y en plata cargados en las cureñas de la artillería ó ya se giraban en excelentes letras de cambio contra Francfort, Leipsick, Hamburgo y Brema. Como la guarnición de Hameln debía regresar á Francia en consecuencia de la donación del Hannóver á la Prusia, esa misma guarnición fué encargada de transportar el producto de las letras giradas contra Ham-

(4) Examinemos ese punto. La España debe, pues, sesenta millones al vencedor de Austerlitz por un subsidio que no ha pagado, por suministros hechos á sus armas y por granos despachados para sustento de sus pueblos. ¿Es cierto eso? Sin embargo, Izquierdo no quiso dar en su tratado de 10 de mayo sino veinticuatro millones, y Napoleón se contentó con la limosna, pues que no dijo: *Y se me quedan debiendo treinta y seis millones más para otra ocasión*. ¿Sería generosidad del vencedor de Austerlitz eso de con debérselo sesenta contentarse con veinticuatro? Los franceses no son tan desprendidos como todo eso. No, señor Thiers; ese resultado de los veinticuatro millones prueba que no existían verdaderos créditos contra la España, prueba que hubo un mendigo y un limosnero. (N. del T.)